

CAMINO HONDO DEL CERRO

(A la memoria de Eva María Meyer Günter, que vivió, falleció y fue enterrada en Getafe. Sus padres, Cristián Meyer y Anna Günter, alemanes amantes de Getafe, vivieron en el Paseo de los Depósitos no, 4, hasta el día en que estalló la guerra civil, en 1936. Don Cristián Meyer, bibliotecario de la embajada alemana en Madrid, vivía con su esposa Anna y sus hijas Annita y Marlen, en aquellos bonitos chalés del "Tiro de Pichón", propiedad de Mario Alcover)

I

¡Camino hondo del Cerro
bordeado de amapolas...!

Arrancaba desde las eras, siempre alfombradas de briznas de oro, que había a espaldas del Cuartel de Artillería.

Desde allí, encajonado entre dos altas paredes, siempre cubiertas de correhuela y tomillo, de amapolas y verdolaga, se dirigía recto hasta el Cerro de los Ángeles, dejando a un lado el Puente de la Rabia.

¡Hermosas correrías de niño... ¡

Primero pasábamos por "El Porvenir", una tienda típica de pueblo, en la calle de Madrid, muy cerca de aquel viejo e inolvidable Casino Getafense. Allí adquiríamos algunas golosinas que habrían de constituir las viandas para nuestra excursión.

Bajábamos por la calle de Jardines hasta la de la Arboleda, siempre ensordecida por el canto bullicioso de los gorriones y en la Fuente del Lozoya, donde Cibera dejó la impronta de sus versos, llenábamos una botella de agua para lo que, a nosotros, se nos antojaba una larga jornada.

Retrocediendo para encontrar el Camino Hondo atravesábamos el Canto Redondo, donde aquellas enormes puertas de las casas de labranza de los Cervera y de los Deleyto, de los Valtierra y los Butragueño me impresionaban con sus grandes clavos de forja y los rústicos aldabones, a veces, una cabeza monstruosa que me recordaba las gárgolas de las catedrales y, otras, una mano que empuñaba una bola y que, al llamar, atronaban la recoleta plaza y las estrechas callejas empedradas, entre cuyas fisuras se alojaban briznas doradas de las mieses que habían dejado caer a su paso las chirriantes galeras arrastradas por poderosas mulas... ¡Con qué añoranza recuerdo el ruido de los cascotes que hacían las mulas sobre aquellas piedras que, en ocasiones, arrancaban chispas como si fueran anacrónicos mecheros que frotaran el pedernal para prender la yesca, como solían hacer los campesinos mientras el trillo giraba y giraba incansable en la parva de oro...!

Luego, por la calle de la Manzana, salíamos al campo abierto al cálido sol del verano... (¡qué lejos te has ido, mi querido campo del Getafe campesino...!). Y allí, las eras que tantas veces fueron nuestro improvisado campo de fútbol.

Agustín, el guarda, se acercaba al trote de su caballo, para hacernos las advertencias de rigor:

- ¡Cuidado con lo que hacéis! No piséis los sembrados., ni comáis uvas verdes... ¡Ah! y no se os ocurra bañaros en los estanques.

¡Cómo te envidiábamos, inolvidable Agustín...!

Para nuestras mentes infantiles, tú eras la encarnación de la aventura. Jinete en tu blanco caballo, con tu inseparable rifle colgado del arzón, te veíamos galopar como glorioso centauro entre un mar de espigas que se inclinaban reverentes a tu paso.

Y cuando detuviste a aquellos dos pilluelos que robaban melones, cabalgando tras ellos, con el botín recuperado terciado sobre la silla de tu montura, representabas la personificación de la Justicia.

Pero luego, para mayor asombro, tu figura se agigantó. Y tus palabras aún resuenan en mi oído.

- ¡Venga... no lloréis más...! ¡Id a casa y que no vuelva a ocurrir,, ¡Ya se lo contaré a vuestros padres, granujas...!

Cuando los asustados muchachos corrían como conejos hacia el lugar donde se alzaba la fábrica de Quiñones, nosotros te vimos, querido Agustín, volver grupas y, con una sonrisa bonachona, depositar cuidadosamente los melones recuperados en el humilde chozo del melonar, hecho con ramas y carrizos.

* * *

Metidos ya en el Camino Hondo, el mundo desaparecía para nosotros. Nuestro horizonte se limitaba a la profunda garganta que formaba el camino y que se nos antojaba el Gran Cañón del Colorado. Y cuando la escarpada ladera se suavizaba, aprovechábamos para trepar hasta el sembrado de cebada aún verde y arrancar unas espadañas que luego mordisqueábamos ávidamente, cuando el sudor empezaba a bañar nuestro torso desnudo y mojar nuestras cabezas cubiertas con un pañuelo anudado en sus cuatro esquinas...

Tendidos en un sembrado, a la sombra de las frescas espigas, comimos nuestras chucherías. Bebimos agua fresca de los cangilones en la noria de la huerta de Esteban. Y después, comimos garbanzos verdes. ¡Qué bocado tan exquisito, con su sabor ácido a salitre! Las bocas reseca se llenaban de un extraño frescor que me recordaba a los viejos refrescos caseros de "Litines".

Como hacíamos habitualmente, subimos al Puente de la Rabia, bajo el cual veíamos pasar el tren camino de Andalucía, resoplando como un monstruo que se adornaba con un espeso penacho de humo.

Después, tras una breve siesta sobre las gavillas amontonadas al borde del camino, esperando la llegada de las galeras, regresábamos. Pero esta vez, atrochando, para ganar tiempo. Atravesamos el pueblo, cargado de los balidos de rebaños que regresaban por San Isidro o por el Prado de Acedinos y, cruzando ante la iglesia de San Eugenio, donde la fuente susurraba incesantemente en el pilón - abrevadero, llegamos a la "estación corta", a tiempo de ver partir el último tren-tranvía de Madrid. Le dijimos adiós desde la huerta sombreada de chopos y zarzas, donde los jilgueros se acurrucaban ya para dormir.

El sol, como una enorme bola de oro, descendía ya por el Cerro de Buenavista, tiñendo de púrpura unas leves nubes que corrían perezosas, muy altas, por encima de la Alhóndiga, que se envolvía en una penumbra precursora de la noche.

Poco después, un último rayo, ponía una pincelada de luz en la copa más alta de un ciprés del cementerio viejo. No sé por qué, lo asocié con un gigantesco cirio, negruzco, con su llama irguiéndose temblorosa, sobre el mudo camposanto.

Por una extraña asociación de ideas, unos versos acudieron a mi mente:

*"Un ciprés se yergue
altivo y se agita con
misterio como el último
ser vivo en el silencio
expresivo del oscuro
cementerio..."*

Allá lejos empezaron a encenderse las luces de Madrid, pausadamente, como delatando el paso del farolero que, con su largo mechero, fuera encendiendo, una a una, las farolas que flanqueaban las calles de la ciudad, casi como un rito mágico ante la diosa Luna que se asomaba tímidamente tras el Cerro de los Ángeles y miraba indiferente los campos dormidos.

Mis amigos se habían ido dispersando. Unos por la Barbacana, donde todavía una mula arrastraba parsimoniosamente el trillo sobre la crujiente parva. Otros, acompañando al hijo del teniente Roncero, que temía la reprimenda de su padre, bajaron corriendo desde la fábrica de Harinas hasta la calle de Madrid y Enrique, el murciano, trotó resoplando por la huerta de la Rosita, para dirigirse al Tiro de Pichón, cruzando por la parte posterior de la fábrica de pastas "Faisán".

De repente, me di cuenta de que estaba solo, entre la pared del cementerio y el sombrío estanque de la huerta, donde el viento respiraba (al menos eso me parecía) como un anciano asmático.

Empecé a caminar con pasos furtivos, casi de puntillas, como si temiera turbar el reposo de los muertos.

Estaba oscuro; frente a mí, en la Alhóndiga, sólo un par de luces mortecinas iluminaban con un triste reflejo amarillento, enfermizo, la calle de los Estudiantes y la vieja capilla de paredes macilentas.

A mi derecha, la pared del cementerio, arropada con hiedras y plantas trepadoras...

Y en la puerta, el terrible rótulo con letras negras, que yo no quería leer, pero que martilleaba incesante en mis oídos, como si alguien me lo estuviera susurrando en voz baja:

**"Oye la voz que te advierte
que todo es ilusión, menos la muerte..."**

Aceleré el paso y, pereciéndome poco, intenté correr ... pero las piernas me flaqueaban. Era como si de pronto, se hubiera adueñado de mí una tremenda flojedad.

- ¡Bah, estoy cansado de la caminata! me dije, tratando de darme ánimos.

Pero me faltaban las fuerzas y los pies me pesaban como el plomo... ¡Y de repente, la vi...!

Su figura etérea, ingrávida, con esa luz indirecta y violácea de la luna al elevarse por el horizonte, parecía envuelta en un halo de gasa vaporosa, iluminada por una luz difusa y pálida, No sé cómo se esfumó mi miedo infantil.

Sólo recuerdo que hablamos; más bien, que habló ella, con una voz musical de extraña dulzura, rica en matices, cuajada de inflexiones y que parecía acompañarse con un eco como de batir de alas.

"- No; me trajeron aquí cuando era muy pequeña. Yo nací en Alemania, en Colonia. Un lugar donde la nieve es tan blanca que no puede describirse con palabras humanas... El cielo siempre es limpio y en él se recorta la silueta de las agujas góticas, las cúpulas y los campanarios, como en un cuadro del romanticismo..."

Me llamo Eva... Eva María...No; estoy aquí... un poco sola... (al decirlo noté un brillo de tristeza en sus ojos intensamente azules e intensamente fríos)

Mis padres viven cerca de tí, en las casas de Alcover...Diles que no les olvido y que sus recuerdos, sus oraciones, las flores que me traen, contribuyen poderosamente a mi evolución...no sé cómo decirlo...mi luz se hace más intensa y más radiante..."

II

Lo había olvidado por completo.

Un día, Mario Alcover nos invitó a entrar en su hermosa casa.

Recorrimos los sombreados paseos bordeados de flores y plantas aromáticas.

Merendamos en el cenador cubierto de enredaderas y campanillas azules y violetas. Echamos de comer a los patos que se deslizaban en un estanque de mosaico azul, verde y dorado.

Comimos unas uvas de las parras que sombreaban el porche y que Félix, el encargado, cortó con su navaja para nosotros, los niños de la vecindad.

Cuando salíamos por la puerta de hierro que se abría al Paseo de los Depósitos, un matrimonio que tomaba el sol en sendas hamacas en su pequeño jardín, saludó con la mano a Mario. Luego, el hombre se dirigió a dos niñas que jugaban en un columpio

-Anny, Marlen, kommen Sie hir, bite...

Como el fulgor de un relámpago, pasó ante mí la imagen que aquella noche vi en el paseo del cementerio.

Me acerqué y saludé al matrimonio que me obsequió con una sonrisa e intenté explicarles lo que había ocurrido en aquella ocasión... pero ¿cómo decirlo, sin despertar recuerdos dolorosos que podrían herirles? ¿y qué pensarían de mí?...

No puedo recordar, después de tantos años, qué fue lo que me hizo guardar silencio.

Sólo sé que corrí tan deprisa como me permitieron mis piernas.

Busqué en el primero y segundo patios, entre las lápidas cubiertas de flores y entre las piedras donde las lagartijas dormitaban al sol.

Y, finalmente, en una pequeña losa, rodeada de una barandilla de hierro que le daba cierto aspecto de cuna o camita infantil, pude leer:

R.I.P.

*“Eva María Elisabeth Meyer Günter
Tus padres, Christian y Anna,
No te olvidan”*

Recé una breve oración y pedí perdón por mi absurdo silencio...

* * *

